

ECHEGARAY

EL CIENTIFICO, EL LITERATO, EL POLITICO, EL HOMBRE

Por JOSE PAZ MAROTO

Doctor Ing. de Caminos, Canales y Puertos

Con objeto de sumarse al homenaje a D. José Echegaray y como complemento de los actos organizados por el Consejo de Obras Públicas para honrar al ilustre Ingeniero de Caminos en el 50 aniversario de su fallecimiento, la Escuela organizó una conferencia para los alumnos, que corrió a cargo del profesor Paz Maroto, y que ofrecemos a continuación, por su interés profesional y humano.

Excelentísimo señor Director, señores alumnos de la Escuela.

Al recibir el gratísimo encargo de nuestro querido Director de la Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos (título un poco más largo que el que Echegaray conoció y usó) de ser mi modesta persona quien hiciera el panegírico de don José Echegaray y Eizaguirre, gloria del Cuerpo, de España y de la Humanidad, no oculto que mi primer impulso fue rogar se me eximiera de esta misión. No porque ella no fuera agradabilísima, honrosísima para mí, y no constituyera una ilusión tan grande como pocas veces se tienen en la vida, sino porque el lema (que diré en francés para más claridad) "a tel seigneur, tel honneur" exigía una personalidad más acusada que la mía que fuera capaz de traducir en bellas frases lo mucho que hay que decir de nuestro Echegaray.

Otra personalidad de las muchas que hay en nuestro Cuerpo (aun en nuestros tiempos) que además de dotes oratorias mejores que las mías, además de disponer de más tiempo que yo para husmear en los archivos de recuerdos y anecdóticos de tan singular y egregio compañero, ya que yo no suelo disponer de muchas horas libres, seguramente lo habría hecho mejor. No obstante, el hecho de tener una vida no paralela con la de Echegaray, que ello no es posible (o al menos es muy difícil), pero sí un tanto similar en afanes, luchas, éxitos y, ¿por qué no?, fracasos, quizá me permita sacar deducciones y enseñanzas mucho más aleccionadoras para los que escuchen este homenaje. Lástima que no sea un auténtico literato capaz de cantar en limpia, sonora y castellana prosa, y si es preciso en algún que otro verso "ad hoc", las glorias de Echegaray.

Pero nuestro Director cometió el agradable agravio de llamarme "el Literato del Claustro". Y aunque la ironía era perfectamente captable. Y aunque el error de tal afirmación era palmario (perdón, querido Director), la pequeña vanidad que todos llevamos dentro silenció mi boca y frenó mi negativa.

He aquí, pues, por qué vais a tener que soportarme una charla que a falta de profundidad y de documentación trataré de hacerla lo más amena que sepa sin merma de la seriedad de la misión que se me ha encomendado. Y sobre todo lo más corta posible, ya que lo malo pero corto es siempre mejor que lo menos malo pero largo.

En marzo de 1833 nace en la madrileña calle llamada entonces "del Niño", de padre baturro, zaragozano, y de madre vasca, guipuzcoana (de Azcoitia "o así"),

un niño a quien le imponen el, para mi y para muchos españoles, tan popular nombre de Pepe, don José Echegaray y Eizaguirre.

Ya es simpático el hecho de que la sangre aragonesa paterna y vasca materna cuajara en un tierno infante madrileño como si quisiera Dios que esta unidad, indispensable de los hombres y las tierras de España, se hiciera patente en un niño que al nacer en Madrid, que ha sido, es y seguirá siendo (si Dios quiere) síntesis de todas las regiones españolas; ciudad crisol en que todas las sicologías, virtudes y defectos (claro está) de castellanos, gallegos, asturianos, montañeses, leoneses, vascos, navarros, baturros, catalanes, valencianos, murcianos, extremeños, manchegos, andaluces, baleares y canarios se amalgaman para formar solamente ¡españoles! sin que nadie les pregunte nunca de dónde son ni adónde van. ¡Son madrileños!

Trasladado a Murcia siendo muy niño empiezan a inculcarle con las primeras letras los rudimentos de la Filosofía. De esa Filosofía que en estos tiempos parece en trance de abandono aplastada por el excesivo tecnicismo y por la terrible especialización al máximo, con la que (y mis alumnos lo saben por oírme a menudo) no estoy nada de acuerdo. Y si Echegaray viviera, tampoco, como lo demostró en la trayectoria múltiple, heterogénea y humanista de su vida.

Pero Madrid le atrae como un imán para su voluntad de hierro y a Madrid viene para caer en brazos de las Matemáticas, esa ciencia básica en nuestra formación profesional.

Y tan pronto como cumple la edad mínima que los reglamentos de nuestra escuela señalaban en aquella época de planes "normales" (que no acelerados) y de tranquilidad espiritual en las enseñanzas, quizá por no haber aún aparecido ningún Plan de Desarrollo, nuestro Echegaray ingresa en Caminos en aquella Escuela de la calle del Turco de rancio abolengo.

Y lo hace con el número uno. Envidiable y tantas veces envidiado número uno, que si casi siempre, como en este caso, es exponente de facultades y capacidad intelectual y de trabajo realmente excepcionales, otras, perdonadme que lo diga sin que nadie deba molestarse (considerando que el que tiene el honor de decíroslo no fue el número uno, pero sí el dos, que le anda muy cerca), no representa, forzosamente, una capacidad humana indiscutible ni una poderosa inteligencia, aunque sí una enorme fuerza de voluntad y de constancia.

Y conserva el número uno toda la carrera, lo cual tampoco es muy frecuente.

Como suele ocurrir con la inmensa mayoría de los genios humanos, esto no suele conseguirse sin pagar, ya desde joven, el precio usurario que la gloria se cobra siempre.

Y Echegaray lo pagó en su niñez. Pues con tanto estudio y tanto esfuerzo de aplicación en sus primeros años, su joven contextura sufrió un rudo quebranto. Su salud se resintió hasta el extremo de que los facultativos y sus propios padres, ante la actitud inhibitoria y negativa del joven para alimentarse ni siquiera en la cantidad precisa para reponer fuerzas; y ante la creciente resistencia que oponía a mejorar sus energías aceptando sólo el comer de mala gana (y aun así vencido por los ruegos de sus progenitores), desde las mañanas a bien entradas las noches tuvieron bastantes meses éstos una grave preocupación por su razón, o sea, por su salud "mental" como ahora se dice.

Por cierto que hay una anécdota curiosísima que demuestra cómo Dios se sirve de actos, sucesos o casualidades nimias para arreglar las cosas de este mundo.

Parece ser que un día vio comer un plato de lentejas a un criado suyo. Y con tan gran apetito por parte del fámulo que hizo surgir en Echegaray el antojo por comerlo él también. Los padres se apresuraron a complacerle en el acto y ello curó radicalmente su monomanía y alejó definitivamente la terrible enfermedad o amenaza de enfermedad. Sanó inopinadamente.

EL CIENTIFICO

Terminada brillantemente su carrera comenzó la clásica (entonces que no ahora) peregrinación por puestos oficiales en Obras Públicas.

Y Almería y Granada tuvieron el honor de ser escenarios de sus primeros trabajos en lo que entonces se llamaba Servicio Ordinario, o sea, en las Jefaturas de Obras Públicas.

Pero a Echegaray le llamaba en su interior la Escuela, con esa llamada que los que la hemos sentido podemos casi calificar de "la llamada de la selva" por lo intensa, fuerte y arrolladora. Y aquí vino a ser profesor.

Y durante dieciséis años (hasta 1868) explicó varias disciplinas de la carrera con aquella rara libertad con que entonces se adornaba la Escuela para utilizar profesores que podríamos llamar en nuestro tiempo "comodín" (y que, dicho sea de paso, yo nunca he comprendido) capaces de explicar, mejor o peor, varios temas.

Y así nuestro profesor explicó:

Geometría descriptiva.

Estereotomía.

Cálculo diferencial e integral.

Mecánica racional.

Mecánica aplicada en las construcciones.

Hidráulica.

Y algún año explicó también, aunque interinamente, Distribución de Aguas y Construcción. Y todo ello con el sueldo de 9.000 reales como ingeniero segundo, más 3.000 reales como gratificación por la primera clase, y a veces (no siempre) otros 1.000 por la segunda.

Por ello dice Echegaray en sus Recuerdos (creo que con razón sobrada) que no le remuerde la "conciencia" de no haber ganado bien el sueldo que el Estado le diera.

Comprendiendo que su vigoroso empuje y capacidad no tenían marco adecuado ni era remunerado en la enseñanza oficial solamente, parece ser que intentó establecer una Academia privada en su casa buscando dar cauce más amplio a su fervor docente, atraer a más jóvenes a la carrera y dar la formación que la Ingeniería iba reclamando cada día con más apremio. Y además practicar esa actividad que ni entonces (por lo visto) ni luego (hasta nuestros días, al menos) se enseñaba en las Escuelas Especiales: el ganar suficiente dinero honradamente con el esfuerzo profesional para llevar una vida lo más digna posible y quizá poderse dedicar algo a la Investigación; aunque fuera apartado de los organismos oficiales, que monopolizan ésta también "oficialmente".

Pero tuvo que renunciar a su proyecto por la incompatibilidad entonces vigente entre la enseñanza oficial y la privada. Y respetó esta incompatibilidad.

Ante el vacío, relativo, en que quedaba así su poderosa inteligencia, y no queriendo, por lo visto, derivar hacia algún "hobby" ni dedicarse a la vida muelle de tertulias, casinos o recreos que le habrían sentado bien a su salud física, sintió avidez de Cultura (que no es sólo Ciencia). Y las Ciencias sociales le captaron en sus redes, que ya eran entonces, como ahora: amplias, fuertes, pero peligrosas.

Y la Economía política a través de la Escuela librecambista que don Luis María Pastor fundara en 1856 y a la que desde el principio pertenecieron otras figuras patrias ilustres, tales como Gabriel Rodríguez, Figuerola, Colmeiro y Moret, constituyó su preocupación. Y se dedicó a ella con el entusiasmo de un neófito.

Y cuando con Moret asiste, en representación del Gobierno, al Congreso de Economistas de Bruselas no se deja captar por ese aspecto que para muchos congresistas tienen esos actos, y que en nuestro tiempo se refleja en la conocida frase "el Congreso se divierte", sino que en él trabaja de firme. Y en unión de su compañero recoge importantes datos para los fines a que aspiraba la sociedad librecambista española.

Y empieza una activa propaganda de aquellas doctrinas en la Tribuna del Ateneo de Madrid, que ya entonces tenía gran prestigio (un tanto añorado hoy día), y en la Prensa.

Pero como todo el que, lanza en ristre y con su cabeza, su ideal y su pluma, trata de conquistar una Dulcinea espiritual, aun a sabiendas de que ser "pionero" de algo nunca ha sido muy rentable (al menos en nuestro país), no se limita a eso, sino que, con amigos y correligionarios funda periódicos como el llamado *La Revista*, en el que sus artículos son fundamentales y defiende aquellos ideales que perseguía.

Y como todo el que sabe que tiene razón, no siente temor alguno al diálogo (diálogo auténtico y sin otro adjetivo calificativo que lo enturbie); Echegaray, a la cabeza de la nueva Escuela económica, invita a los proteccionistas a celebrar sesiones de controversia en el local de la Bolsa que existía entonces en la calle del Barquillo. Estos no asistieron casi nunca; pero en cambio utilizaron la Prensa, el Parlamento, los Mitines y aun Asambleas públicas para combatir las tareas librecambistas, que empezaban a tener muy favorable acogida en los Gobiernos españoles.

Y es Echegaray, con Moret y Rodríguez, presentados por el elemento joven y más ilustrado de aquella "Sociedad libre de Economistas españoles", quien tomaba parte activísima en los trabajos que le conquistaron, gracias a su palabra fácil y elocuente unida a sus conocimientos, una reputación merecida entre los hombres que a la Ciencia Económica dedicaban sus esfuerzos, tanto nacionales como extranjeros.

Y llueven sobre nuestro evocado Echegaray títulos y nombramientos de socio de numerosas Sociedades, Ateneos y Academias. Y se honran muchas publicaciones extranjeras con estudios y críticas sobre el Echegaray que ya era considerado como hombre de Ciencia. Y ello le lleva a Diputado de las Cortes Constituyentes, donde, al discutirse los Presupuestos de 1869, su elocuencia brilla en abundantes explicaciones de sus doctrinas combatiendo las opiniones proteccionistas de Pi y Margall, sin olvidar la situación especial de algunas provincias que le llevaron a proponer medios conciliatorios para llegar paulatinamente a su sistema económico.

Y firme en su propósito formula un voto particular al dictamen sin temor a los ataques gubernamentales y lo defiende en un erudito y elocuente discurso escuchado con religiosa atención por la Cámara por sus elevados propósitos. Concretamente proponía que para no perjudicar los intereses creados ya a la sombra de las vigentes Leyes proteccionistas se realizara una serie de reformas encaminadas a la supresión de los Aranceles, para pasar en unos años del régimen entonces vigente a la libertad de comercio.

Los Ingenieros de Caminos, que, como colectividad, suelen ser (en ocasiones) muy agradecidos a sus miembros destacados, y con el fin de adherirse con entusiasmo al homenaje nacional que se le dedicó en su día, editaron un libro en dos tomos que existe en la Biblioteca de esta Escuela titulado "Ciencia Popular" para perpetuar la labor meritisima de divulgación científica a la que Echegaray aportó su portentoso talento, su actividad incansable y ese cariño por las clases populares que distinguió sus obras y que le granjearon las justas simpatías del país entero.

Y en este libro se ven trabajos interesantísimos sobre los dos Polos entre los que discurre la existencia humana: el de las Ilusiones y el de las Realidades. Ahora quizá habría que añadir un tercer Polo: el de Desarrollo.

Aquellos dos Polos fueron calificados por Echegaray con los adjetivos de "el ardiente y el helado". Lo hermoso de las ilusiones, sin las que la vida sería imposible, y lo triste que, en general, suele ser el de las realidades, aunque ellas nos eduquen y fortalezcan.

Echegaray afirma, y con toda razón, que no hay fenómeno en el Cosmos que no tenga una apariencia que para el ser humano es casi siempre una ilusión y que no lleve dentro de sí una realidad que es la Verdad Científica.

Y canta la hermosura de los celajes del Poniente, aunque afirme que no son más que ilusiones, porque al entrar en este supremo celaje sólo se encuentran, en cuanto falta el Sol, nubarrones oscuros, gotas de aguas suspendidas en el aire, nieblas sin color que empaparían nuestro cuerpo miserable. Y canta también la hermosura de lo que llamamos Cielo con su radiante sol, un tanto velado por la realidad engañosa y traidora de la Tierra, que nos invita a pensar que esa hermosura es también sólo una ilusión.

Y canta en otro trabajo las dos nuevas invenciones de aquella época: el telégrafo y el fonógrafo, combinando artísticamente lo ideal, lo literario y lo científico.

Y canta también a esa sutilísima corriente eléctrica que entonces no se sabía lo que era (cosa que seguimos sin saber), definiéndola como Ave de vuelo rapidísimo.

Y defiende en su trabajo sobre "El cuarto estado de la materia" al siglo XIX, tan acusado de materialista y en el que, sin embargo, declara: la materia hacía "cuantos esfuerzos podía para espiritualizarse desprendiéndose de escorias e impurezas".

Y enamorado también de la forma colectiva o de asociación para trabajar, exalta la labor de los Congresos, nacionales o internacionales, en los que el trabajo: colectivo, aislado e individual, acumulando su gran fuerza y su poderosa organización, materiales interesantísimos para análogos trabajos, produce nuevos descubrimientos y nuevas invenciones.

Y afirma algo que yo he visto después personalmente comprobado múltiples veces (pues también el "morbo congresista" ha hecho presa en mí desde hace muchos años): que no hay que pedir a los Congresos, sean nacionales o internacio-

nales, esos buenos ejemplos creadores que sólo brotan de un cerebro humano pero que nunca aparecen en una gran colectividad por eminentes que sean sus individuos.

Y actúa como Ponente en muchos de estos Congresos, especialmente en el Internacional de Ferrocarriles, desarrollando la Ponencia de "Ensayos de la tracción eléctrica en las grandes líneas y su empleo en los Caminos de Hierro".

Y descubre en otro trabajo la locomotora eléctrica, afirmando que será la locomotora del porvenir, agregando, sin embargo: ¿Muy remoto o muy próximo? Este es un problema que no predice si se resolverá fácilmente; pero muestra su fe en la resolución. La realidad de estos años ha confirmado sus intuiciones.

Y, naturalmente, ello le lleva en otro trabajo: "La tracción eléctrica" a anticiparse con sus ideas más de cincuenta años a la realidad internacional.

No le basta esto y bucea también en otro trabajo sobre la "Energía del radium", del que, dice, que "aparece en la Ciencia como un mito revolucionario, como un verdadero anarquista que viene a perturbar todo lo establecido y a destruir todas, o la mayor parte, de las leyes de la Ciencia clásica".

Y analiza, casi exhaustivamente, esta energía desconocida, comparándola con la de los sistemas solares, de perfecta estabilidad.

Y se eleva a las alturas de los cielos en sus trabajos sobre "Los juguetes de los sabios", estudiando algunos problemas cósmicos, para terminar afirmando: "Sigan adelante los juguetes de los sabios; que no han de tener menos constancia los niños grandes que los hombres niños."

Y se lanza en otro trabajo a comentar las nuevas experiencias de navegación aérea, así como las otras experiencias de Santos Dumond.

Y analiza los inventos de nuestro otro ilustre compañero el Ingeniero Torres Quevedo, de quien dice que no es "Aventurero de la Invención", sino que ha empezado por estudiar las ciencias positivas y de ellas se han derivado dichos inventos.

Y se ocupa de la Máquina de cálculo, quizá precursora de los actuales cerebros electrónicos; del Aerostato; del Telequino o movimiento a distancia, base también de los telecomandos actuales y de los procedimientos ingenieriles. Haciendo constar cómo Torres Quevedo (celtíbero al fin y al cabo) tiene que luchar rabiosamente contra la indiferencia oficial (también celtíbera) y la falta de colaboraciones, que realmente no sabemos si ha variado mucho.

Y sus trabajos tienden a colaborar, o a hacer más fácil la labor de Torres Quevedo, y a estimular y a modificar la indiferencia española.

Y canta, detallándolas, las estructuras y aplicaciones de la Turbina de vapor, vulgarizando también este nuevo elemento que el siglo XIX había aportado, como aplicación del ciclo de Carnot y demás estudios de Termodinámica.

Y vuelve a la carga en el trabajo titulado "Un punto que conviene aclarar" sobre la Telegrafía.

Y se lanza a cantar, como un Bardo científico, a las locomotoras, diciendo: "¿Quién no las ha visto correr como monstruos de hierro y fuego sobre los carriles, con las entrañas abrasadas y dejando tras de sí penachos de humo?"

Y, naturalmente, vulgariza su conocimiento y lo pone al alcance de las mentes medias de su país.

Y se remonta desde los carriles a la navegación aérea examinando las características de los "más ligeros que el aire", o sea de los globos.

Y de los "más pesados que el aire" y que entonces se empezaban a llamar ya Aeroplanos o grandes pájaros mecánicos.

Y baja a las entrañas de la tierra, analizando el recién creado Metropolitano de París, detallando las características de su construcción y explotación.

Se remonta idealmente, en un sueño científico que titula "La esperanza del débil", de un gran sentido humanista y social. En él afirma lo siguiente: "Contra las brutalidades de la Fuerza apareció el Derecho; y en el orden interno de las naciones, aunque no del todo, algún freno se pone a la violencia del fuerte contra el débil. Pero entre nación y nación la barbarie primitiva impera a pesar del Derecho internacional."

Y sueña, como un idealista y romántico, sobre las maravillas actuales y futuras de la Ciencia, afirmando que ésta, como la Religión, tiene su fe, sus creencias, adivinaciones, profecías y esperanzas.

Y toca ya en otro trabajo el interesante problema del "Transporte de fuerza directiva".

Y analiza el nuevo diccionario de la Academia Española, donde iban a aparecer ya entonces, en apéndice, las definiciones de las unidades eléctricas más usuales, justificando las inserciones de:

Culombios.

Amperios.

Ohmios.

Voltios.

Watios.

Faradios.

Julios.

y leyes de corrientes eléctricas.

Pero no le basta con democratizar los nuevos elementos técnicos o científicos, sino que se lanza a explicar en sendos trabajos:

Por qué avanza la locomotora.

Por qué se quema el carbón.

Por qué dilata el calor.

La fuerza del Sol.

El alma de la Industria.

Los explosivos como fuerzas motrices.

La bicicleta y su teoría (deporte al que, por cierto, fue muy aficionado).

Los experimentos de Faraday.

El tranvía eléctrico en Madrid.

La Dínamo.

Los rayos X.

El Calor.

La calefacción eléctrica.

El nuevo carruaje eléctrico.

La fuerza de las mareas.

El kinetoscopio.

El telescopio.

Las nuevas lámparas eléctricas.

Y su ciencia se tiñe de humanismo en sus trabajos de:

El hombre universitario.

Valles y montes.

Oro y plata oceánicos.

Las fuerzas dispersas.

Las fuerzas naturales.

El espacio de muchas dimensiones.

Es lamentable no tener tiempo de comentar algo de los contenidos humanos y científicos de estos trabajos de Echegaray.

EL LITERATO

Es indudable que durante los años de su propaganda librecambista (58 y 59) debió sentir por primera vez una decidida vocación literaria, como se deduce del artículo científico-fantástico que publicó con el título "El fin del Mundo".

Si bien su afición databa desde los años que cursaba la carrera de Ingeniero en los que concurría asiduamente a teatros, costumbre que conservó durante muchos años, su primer drama "La hija natural" lo escribió en 1865; pero, como ocurre casi siempre, el ilustre actor a quien se lo envió, no lo creyó a propósito para su teatro y no lo estrenó.

Su forzoso exilio en París le hizo trazar el plan y escribir las primeras escenas de su comedia "El libro talonario", teniendo la satisfacción de que la actriz Matilde Díaz, con Vico, la aceptase y la pusiese en escena en 1874, obteniendo un éxito completo y siendo aclamada por el público. Fue inútil que Vico se adelantara al prosencio diciendo que la obra era de D. Jorge Hayaseca, residente en el extranjero, pues nadie lo creyó. Y comprendiendo que tal nombre era un anagrama de José Echegaray, pronto se supo y prendió por Madrid la noticia de que el autor era el Ministro de Hacienda.

Como su descanso era el pensar, al tener que permanecer en Alhama de Aragón para restablecer su salud quebrantada, se lanza a escribir "La esposa del Vengador", "La última noche" y "En el puño de la espada", que obtuvo un triunfo entusiasta.

Y ya lanzado a la literatura (y como un nuevo Tostado) van surgiendo:

"Un sol que nace y un sol que muere" (en verso).

"Cómo empieza y cómo acaba".

"El Gladiador de Rávena".

"O locura o santidad", drama ya en tres actos, estrenado con éxito extraordinario y ruidoso.

Lo que no puede decirse", que por cierto se estrenó tras de algunas vacilaciones y alcanzó un claro éxito.

"Correr en pos de un ideal".

"Morir por no despertar".

"Bodas trágicas".

"La muerte en los labios".

"El gran galeoto", de éxito ruidoso y sensacional.

"Conflictos entre dos".

"Un milagro en Egipto".

"Manantial que no se agota".

"Vida alegre y muerte triste".

"La mala raza".

"Un crítico incipiente", que fue calificada de magistral por algunos críticos.

"Mariana", que le valió entusiastas ovaciones y el que la Academia le concediera el premio Cortina, cuyas 4.000 pesetas (de las de entonces) entregó al Gobernador Civil de Madrid para que las repartiera entre los pobres.

"María Rosa" (traducida del catalán).

"Mancha que limpia", que fue recibida con delirante entusiasmo.

"El hombre negro".

Hemos citado las principales, pero no todas.

Sus obras saltan las fronteras. Se estrenan en Estocolmo, en Lisboa, donde se traducen; en Atenas, traducidas también al griego; en Alemania, Francia, Inglaterra e Italia.

Tuvo (¡cómo no, si estaba en el mundo y en España!) censores apasionados que discutieron su valía literaria y aún la negaron con verdadera furia.

Tuvo también, como es humano, entusiastas admiradores.

Pero unos y otros guardaron siempre las debidas consideraciones al autor. Lo cual ya es un triunfo que no sabemos si se habría producido de vivir en estos tiempos.

La Condesa de Pardo Bazán dijo de él que era un fenómeno de la naturaleza; como un cometa de color brillantísimo, y con el que la Crítica se declaraba impotente para juzgarle y definirle.

Se afirmó de Echegaray que era un naturalista, y lo cierto es que de ello no tenía ni asomo. Lo que pasaba es que no entendían sus obras (según su propia confesión) ni revisteros ni cronistas; y, por tanto, no podían juzgarle ni comprender su romanticismo. Por lo que siendo, como era, un romántico, pasó por naturalista.

Emulando a Calderón de la Barca en severidad con las flaquezas humanas, se le llama inmoral. Y, no obstante, su triunfo durante un cuarto de siglo, su Premio Nobel, su efigie grabada en los billetes de banco y el homenaje más estupendo de las Cortes de España con un aparato que acaso no vuelva a verse más, llega, a los pocos años, a producirse el hecho insólito de que ni aun sus mejores obras puedan ser representadas por considerárselas inmorales.

Y es que el talento y la fecundidad creadora de Echegaray, como les ha pasado a otros, fueron sus encarnizados enemigos. El tiempo es quien se ha encargado, más que los éxitos populacheros, de enaltecer sus méritos. Y ya hoy la crítica reconoce en "Mariana" una comedia perfecta; en "Mancha que limpia", una tesis arriesgada, pero desarrollada fielmente; en "Locura o santidad", una concepción inverosímil, pero deslumbradora.

Y por ello, con el eximio escritor español podemos decir hoy: "quien envidia la gloria de la escena se merece ser envidiado".

EL POLITICO

Ya hemos indicado cómo en Echegaray se hace una realidad la castiza frase española de que "el que habla se queda de cuartel". Pues sus brillantes y activos estudios económicos, le convirtieron en un precursor (creemos) de los actuales Eco-

nomistas, mucho más numerosos. Y alguno, quizá, más brillante. Y la Política le captó, no sabemos si con o sin aquiescencia gozosa o su conformidad resignada, que de todo hay en estos cargos políticos.

En realidad, yo le llamaría el "político a la fuerza" o por casualidad, lo cual no quiere decir que fuese un "aficionado a político" o "político aficionado", como tantos ha habido después.

Leyendo sus recuerdos, que son todo un poema de filosofía y de amenidad, y que son de perfecta aplicación en muchos casos a los momentos actuales a pesar de los ochenta años transcurridos, se da uno cuenta de cómo sin haber intervenido jamás en política; y, como dice él mismo, siendo uno de los espectadores más modestos, de pronto, sin saber cómo, iba a verse en el escenario.

Una carta de D. Laureano Figuerola, a quien el interesado no había visto desde hacía varios meses y que no entendió bien la primera vez y tuvo que releerla, le decía en concreto: "Zorrilla me pide un director de Obras Públicas y yo le he hablado de usted asegurándole que le obligaría a aceptar". "Vaya usted a verle mañana mismo; yo me llevo a Hacienda a Gabriel Rodríguez. Conque buen ánimo y adelante."

Y el pobre Echegaray, aturdido, sin saber lo que le pasaba, se enteró de que iba a ser nombrado, nada menos que Director de Obras Públicas, Agricultura, Industria y Comercio! Es decir, todas las Direcciones del Ministerio de Fomento de entonces reunidas en una.

El pobre Echegaray ni durmió ni acertaba a creerlo, pues para él había ciertos cargos que miró siempre desde lejos y que siempre le parecieron inaccesibles. Su aspiración, según confiesa en sus "Recuerdos", era simplemente llegar, andando el tiempo, cuando fuera muy viejo, a Director de la Escuela de Caminos.

¡Con qué gracejo confiesa que si hubiera sido mahometano, para él el Ministerio de Fomento hubiera sido Alá en persona y el Director de Obras Públicas Mahoma, su profeta! Y de pronto, la carta de Figuerola le convertía en profeta de Alá.

Antes de aceptar ya tuvo un gesto que no es muy frecuente, ni lo ha sido después, aunque conozco algún caso, también de Ingeniero, en que por haber imitado a Echegaray se quedó sin el cargo que le ofrecían.

Y aunque, según dice él mismo, estaba resuelto a aceptar esa Dirección, no como el que realiza una aspiración ambiciosa, sino como el que cumple un penosísimo deber; lo cierto es que se atrevió a poner "ciertas condiciones" al ministro de Fomento don Manuel Ruiz Zorrilla. Y ello en momentos de revolución y, por tanto, peligrosos para cualquier acto que pudiera interpretarse como "poner dificultades".

Y, a pesar de eso, Echegaray, a quien no le asustaba el enorme trabajo, especialmente por la atmósfera creada en aquel tiempo respecto de los asuntos de ferrocarriles y de los contratos de carreteras, algunas de cuyas cuestiones se contaban por muchos años y que nadie se atrevía a resolver por lo graves, complicadas y llenas de responsabilidad (ya que sólo en el Negociado de Carreteras parece que había 2.000 expedientes sin resolver), con la mayor suavidad posible ante el carácter fuerte, e incluso violento, de Ruiz Zorrilla, aludió a las condiciones que no eran otras que la de dejarle designar a sus colaboradores en personas de absoluta competencia.

Afortunadamente aquel ministro (cosa rara también), un tanto extrañado de que un pobre Ingeniero que apenas sí ganaba 14.000 reales con su cargo de profesor y sus "enchufes" anejos al cargo, se jugara el nombramiento suyo y además pre-

tendiera que el ministro no premiara a amigos suyos con los cargos de jefe de Negociado, con 24 y 30.000 reales, le contestó: "Para mí no hay más compromiso que el de los buenos empleados y el buen servicio y pericia en la Administración." Y añadió que estaba dispuesto a no hacer caso de los compromisos de fuerza que había tenido, incluso para la propia Dirección de Obras Públicas; por lo que no había de tenerlos para los de jefe de Negociado. Echegaray comprendió que Dios le exigía el sacrificio personal.

Cierto que al preguntar el ministro si eran liberales, "muy liberales" los que proponía, y al contestar Echegaray afirmativamente añadió: "Pero además son honrados e inteligentes." Y con eso le bastó al ministro. Postura digna de alabanza y de ser imitada.

Sin embargo, y a pesar de la vía libre que le dio y de la admiración que sentía por su ministro y de que sus propuestas: Pardo, para carreteras; Saavedra para ferrocarriles; Barreta, para puertos, y Abeleira, para minas; todos ellos ingenieros. ¡Cuántas amarguras y cuántas dificultades no tuvo que pasar como Director!

Sus Recuerdos son todo un poema al describirlas, pues como él decía, mientras su mente tenía que fijarse en los problemas de la Política, su corazón seguía orientado hacia las Matemáticas, que eran su Musa.

Y la justicia presidió su actuación, dando lugar a situaciones incluso de ataques a su vida física como el del llamado Valenciano y su intento de asesinato, que, afortunadamente, terminó en comedia. Y el del Asturiano, que solucionó con habilidad, ya que aquellos tiempos no eran muy normales ni muy tranquilos y había que defenderse incluso echando mano de un estoque que en el bastón llevaba.

Y cuando andando el tiempo y también por la veleidosa suerte (o quizá por el prestigio adquirido) llegó a ministro de Fomento, llevado por el general Prim, no tiene inconveniente en confesar que "un ministro es un pordiosero de sí mismo, tendiéndose la mano derecha y siempre rechazándole la izquierda". Y en afirmar que acababa de romper muchas amistades y aun la última amistad con su propia persona.

Y en medio de aquel caos espiritual, de un Gobierno en que coexistían, de muy mala gana y atados por hilos muy tenues, los partidos: Progresistas, el de la Unión Liberal y los Demócratas, que se "amaban oficialmente", pero se "odiaban cordialmente", tuvo tiempo a base, como él dice, de trabajos forzados desde las nueve de la mañana hasta las dos o las tres de la madrugada, sin más que el descanso para comer en su casa, adonde le llevaba el coche de caballos, único que entonces tenía como Ministro (pues como Director no había tenido vehículo de ninguna clase) y a base de energías para acometer una serie de trabajos en beneficio de su país.

Por de pronto antes, como Director, hubo de hacer frente a un intento de supresión de la Escuela de Caminos, que ya entonces tenía una historia brillante, y que, sin embargo, por desconocimiento de los servicios de la misma o por los intereses y pasiones humanas, que tanto como los errores, dice, "tienen un doble fondo de inmensas complicaciones", iba a ser suprimida. Y haciendo frente a su propio Ministro encontró una fórmula para salvar la Escuela, que, según afirmaba, no daba títulos que proporcionasen ni privilegios ni monopolios, sino únicamente ingenieros al servicio del Estado.

Y no tuvo temor de afrontar la impopularidad del decreto que salvó la Escuela, aunque sí tuvo la satisfacción de escucharle a su jefe cuando le presentó la dimisión al ver los ataques que el tal Decreto provocó: "Si un individuo ha sido reprobado en la

Escuela de Caminos o reprobaron a alguno de sus hijos o parientes, ¿cómo quiere usted que el calabaceado, o su padre, o su pariente, se contenten con menos que con la supresión de la Escuela y del Cuerpo y hasta de todo el Ministerio de Fomento? Así son los hombres.”

“Así son”, afirmó Ruiz Zorrilla descargando otro puñetazo sobre la mesa. “Ya lo irá usted aprendiendo si sigue usted en la Política.”

Y así preparó un “Proyecto de bases para las obras públicas”, en que se jugaba su reputación y su porvenir político. A pesar de lo cual afirma que nunca perdió el sueño y siempre durmió sus siete horas de ordenanza.

Claro que para redactar dicho proyecto de bases para las obras públicas consultó con cuantos creía él podían conocer bien el asunto, especialmente con compañeros. Y aplicó la fórmula de aprovechar todos los organismos existentes, pero preparando para el porvenir soluciones más radicales mediante amplias curvas para lograr un cambio de dirección gradual.

En el Proyecto de Bases se alentaba la iniciativa individual porque su concepto de ella era fundamental. Disminuía y simplificaba trámites. Y se afirmaba un principio: el principio de descentralización en materia de obras públicas para Ayuntamientos, Diputaciones, Provincias y Regiones, con tal amplitud que cuarenta años después, cuando escribía sus Memorias, afirmaba que “hoy mismo dificulto que se pueda ir mucho más allá”.

Las Bases fueron convertidas en Ley íntegramente por las Constituyentes. Pero en el continuo tejer y destejer de la política se anularon algunos años más tarde.

También, y a pesar de ser hombre tildado poco menos que de anarquista (sin serlo, naturalmente, pero sí excesivamente individualista), salió al paso de los que abominaban de la Alta Ciencia, creyendo que es un conjunto de inútiles residuos, de fórmulas huecas, que crea hombres inútiles para el trabajo, y que, por tanto, lo sano, lo progresivo, lo que reclamaban los tiempos era la enseñanza práctica. Casi casi el trabajo material.

Y ante el ambiente existente de que las Escuelas sobaban; que lo que faltaban eran talleres y que si se toleraba la palabra Ciencia era agregándole el adjetivo de práctica, se lanzó a conseguir una solución de armonía en que lo superior se mantenía superior y lo inferior no debía pretender sustituir a lo que está en esferas más elevadas. Y esto, dice, no por desigualdades vanidosas, sino porque la misma realidad lo impone.

Y en sus Memorias no vacila en decir ¿Alta Ciencia y Ciencia Práctica? Las dos cosas.

¿Técnica profesional y savia obrera? Las dos cosas también.

Y entre una y otra toda una escala: los diversos grados del ejército del trabajo y de la civilización. Sus generales, sus coroneles, sus capitanes, hasta el soldado raso, que es tan digno como el general de simpatía y respeto, pero que no es general hasta que por sus méritos llega a serlo.

Que si todos fueran generales sería lo mismo que si todos fueran soldados, y entonces no existirían ni Ejército ni victoria. Cuando más se harían la guerra unos generales a otros, que ésta es triste ley de la Humanidad, lo mismo para los que comen rancho que para los que ciñen faja.

Tuvo que hacer también frente, con justicia y entereza, a las llamadas “purificaciones”, ante las que afirmaba que el buen deseo y la buena fe del ministro Ruiz Zorrilla se veían apurados por los que, pidiéndole justicia, deseaban una “purificación” en el profesorado. Y decía: “Estas purificaciones ocultan siempre: bien en nom-

bre de la libertad, bien en nombre de la reacción, intereses ocultos, odios antiguos, venganzas que tienen apariencias de reparaciones." "Nihil novum sub sole". Y con habilidad logró evitar las "purificaciones" en la escuela.

Hombre leal defendió a su ministro Ruiz Zorrilla contra los ataques que la Política no ahorra jamás a los que en ella intervienen, sobre todo si tratan de hacerlo bien.

Resolvió reclamaciones aun en contra de los intereses de sus amigos porque eran justas, sin temor a tener que volver a los 12.000 reales anuales de su paga de profesor. Y supo armonizar el concepto de que la Administración no tiene derecho a ser despiada perjudicando los intereses de los administrados, con el de defender los intereses públicos frente a las apetencias de estos administrados.

Y se encontró, sin pedirlo y sin enterarse, diputado por dos distritos: Murcia y Asturias. Extrañándole recibir tales actas, pues, como él decía, "ni había conspirado antes ni el Gobierno anterior jamás se había dignado desterrarle", y solamente seguía siendo un modesto profesor de la Escuela de Caminos, y con un nombre propio que, como librecambista con sus discursos en la Bolsa y contra los proteccionistas en el Ateneo en defensa de sus ideales, había hecho algún ruido.

Y confiesa que para el que tiene conciencia es un tormento intolerable el poner una firma pensando, ¿habré acertado?, ¿será esto lo justo?, ¿me habrán traído bien estudiado el expediente?, ¿lo habré estudiado yo por completo? Y no vacila en agregar que llamaría a todos sus electores, con el mayor secreto les revelaría también que la Administración Pública "le reventaba lo que no era decible".

Son interesantes sus opiniones sobre las fuerzas políticas de entonces, afirmando que los monárquicos, por ejemplo, constituían la mayoría. Y que lo eran: o por tradición, o por convencimiento, o por oportunismo, que de todo había. Y sus comentarios sobre la fórmula célebre inventada por el grupo demócrata, también monárquico, de que la forma de gobierno es accidental, aunque todos estaban conformes en proclamar la forma monárquica en la Constitución fueron muy interesantes. "Los conflictos —dice—; las luchas vendrían luego."

Y comenta cómo los demócratas triunfaron e impusieron, si no por completo sí casi por completo, su programa de entonces en el título de los derechos individuales de la Constitución, afirmando en sus Recuerdos: "Han pasado cerca de cuarenta años y hoy todo el mundo alardea de ser demócrata."

Y comenta su defensa contra los ataques que le acusaban de antirreligioso, recreándose al recordar a Figueras cuando defendía la libertad religiosa con pasión afirmando en la Cámara: "Yo creo en Dios." Pero insistiendo en que al defender la libertad religiosa no lo hacía por odio ni enemiga contra ningún culto, contra ninguna creencia, contra ningún dogma.

Varios años más tarde, en nuestros tiempos, el Concilio parece coincidir con aquella actitud de Echegaray, que tantos disgustos le acarrearía.

Y como él, Echegaray decide en sus Recuerdos decir la verdad, afirmando jocosamente que "ya no tiene abuela, y que si no lo dice él nadie lo va saber, y que además la modestia tiene sus límites en la sinceridad" va detallando sus trabajos en el campo político sin omitir el hecho de que como Director de Obras Públicas votó en cierta ocasión contra su Ministro. Contra su Ministro, sí, señores, sí, pero tras de decirle lealmente que así tenía que hacerlo por conciencia. Y... no fue desplazado de su cargo.

Claro está que insiste reiteradamente en que la Política le molesta, le aburre y le pone nervioso; y por eso huye de ella siempre que puede. Y ello no porque crea

que toda política es funesta y nefanda, pues estima que con todas sus impurezas y corrupciones la considera grandemente fecunda. Pues dice: "Más corrupción tiene el abono, y gracias a él hay cosechas; y que con todas sus corrupciones es motor, y es freno, y es elemento de generación." Todo lo cual no impide que le moleste grandemente y que huya de ella, afirmando que los que tengan afición a la vida pública pueden y deben ser hombres políticos, dejándole a él en paz con sus gustos tranquilos y pacíficos.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Y la Política le sigue envolviendo. Y más en aquellos momentos en que bajo la férrea mano del general Prim se estaba gestando la búsqueda de un rey, y las intrigas a favor del duque de Montpensier, del duque de Génova, del príncipe alemán Hohenzollern y de don Amadeo de Saboya no se daban punto de reposo.

Y se vio pronto, por mor de las combinaciones y dimisiones de algún ministro, sentado en la poltrona de Fomento, al pasar Sagasta (también Ingeniero de Caminos) al Ministerio de Estado.

Y se lanzó a crear la ley de Minas, que representó un progreso trascendental. Y el Instituto Geográfico, que aún perdura y cuya labor ha sido tan interesante.

Y hubo de ver, incluso, amargada su amistad y su veneración por Ruiz Zorrilla, porque, como él decía, la Política es cruel y, sobre todo, traidora.

Y hubo de dictar una ley de Quiebras y Convenios de Ferrocarriles que salvó a las empresas ferroviarias, cuyo estado era verdaderamente desastroso en el año 69, ya que la mayor parte de ellas, incluyendo la del Norte, se hallaban en estado de quiebra. Por cierto que confiesa que (como ha pasado tantas veces) "esta ley tan importante y tan difícil fue aprobada por la Cámara con menos discusiones que la que producía la más modesta carretera".

Y aún le correspondió como político ir con otros dos compañeros: don Juan Topete y el general Berenguer, a recibir en Cartagena al Rey electo don Amadeo, teniendo que llevar la voz cantante en los discursos de las poblaciones atravesadas en la Mancha, con el alma agarrutada por el atentado contra el general Prim y el terrible desenlace que se esperaba para la vida del mismo, y que conocieron al llegar a Cartagena. Y la amargura de encontrarse con la hostilidad de dicha población con un Ayuntamiento destituido tiempo antes y teniendo que recibir al Rey rodeado de un gran aparato militar. El que era un hombre eminentemente civil.

Por tanto, no creo que sea injusto al afirmar que Echegaray fue político a la fuerza, pero cumplió con su deber como buen político.

La Política le obliga, como a muchos que la ejercen de buena fe, a expatriarse prudentemente después del 23 de abril de 1873 con el cambio de régimen, dejando en Madrid a su esposa y a sus hijos en situación de bastante estrechez económica, ya que también, como todos los políticos de buena fe (y en aquella época en que las prebendas y los complementos de sueldos no estaban a la orden del día), no había conseguido ahorrar.

Seis meses en la "Ville Lumière", pasándolo también estrechamente, se compensan con el nombramiento, de nuevo, de ministro de Hacienda, después del golpe de Estado del general Pavía, en el llamado Ministerio de Conciliación de 3 de enero de 1874. Pero a los tres meses deja la Cartera.

Los diputados de las nuevas Cortes, tras del triunfo de la Restauración, tacharon de inmorales a los ministros de la época revolucionaria; y para pedir las cuentas correspondientes, Castelar propuso una información parlamentaria para depurar la gestión económica de aquéllos. Echegaray se entrevista con Romero Robledo, ministro

de la Gobernación por entonces, con el fin de que no se le hiciera oposición en las próximas elecciones y contribuir así a esclarecer los hechos.

La información termina con la declaración por el Congreso de la integridad de los ministros de Hacienda desde 1868 hasta 1874.

Su inquietud le lleva a firmar con Martos, Salmerón y otros prohombres el manifiesto del 1 de abril de 1880, del que nació el partido republicano progresista. Pero al reconocer Martos la Monarquía, en 1873, se aleja de la política activa. El morbo político que, en unión del municipal y sanitario creemos es uno de los más violentos y más difícil de eliminar del organismo (o de erradicar como ahora se dice), no le permite estar indiferente ante los acontecimientos que se desarrollaban en España. Y así, en el discurso leído el 10 de noviembre de 1888 en el Ateneo de Madrid, del que era ya Presidente, expone, honrada y valientemente, los medios que creía necesarios para la regeneración del país, que por cierto eran bien sencillos. Consistían en la regeneración de los individuos por sí propios y en una organización social que debía ser lo más libre que consintieran las circunstancias.

Y que las fuerzas materiales que habían de formar su grandeza se resumieran en las siguientes palabras, muy sencillas, muy lógicas, pero por lo visto muy difíciles de aplicar: "Ciencia y sus aplicaciones a la Industria; Trabajo, Ahorro, Riqueza. Y regulando todo en el campo del Derecho: Libertad, la idea santa del deber que impone a todos una gran disciplina voluntaria."

Al final de su vida empieza a recoger un poco (un poco nada más) los frutos de su labor como científico y como literato. Y en 1904 se le concede el Premio Nobel, en unión del poeta provenzal Mistral, recibiendo con este motivo un homenaje a su talento de español entero.

Y como casi todas las Semanas de Pasión tienen su Sábado de Gloria, ésta no se hace esperar, y el 18 de marzo, en el Senado y bajo la presidencia del rey don Alfonso XIII se reúnen todas las representaciones de centros literarios, científicos y artísticos. Y el Rey hace entrega al agraciado de las insignias y el diploma; y se escuchan los encomiásticos discursos del Ministro Plenipotenciario de Suecia y del Presidente del Consejo de ministros de España.

Pero es más, al día siguiente recibió una satisfacción que, dada su ideología y la trayectoria de toda su vida, seguramente le haría más feliz aún: una manifestación popular en honor del festejado, completada con una velada en el Ateneo, también presidida por el Rey, y con una función de gala en el Real, en que la compañía de los inolvidables María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza representó una de las mejores obras echegarriana: "El gran galeoto".

La política activa le tienta de nuevo, y entre 1904 y 1905 vuelve a ser Ministro de Hacienda, Senador vitalicio, Presidente del Consejo de Instrucción Pública. Y como los aplausos son calurosos, es decir, que suelen "echar humo", en 1908 acepta el nombramiento de director de la Compañía Arrendataria de Tabacos y Timbre.

EL HOMBRE

Si como Científico rayó a gran altura, si como Literato llegó a ser una gloria española consagrada con el Premio Nobel, y si como Político fue un ejemplo de eficacia, de honradez, de conciencia y de desinterés personal al servicio del interés general del país, como hombre estaba adornado de unas cualidades humanas de: bondad, corazón generoso y espíritu de servicio a sus semejantes y, sobre todo, a sus

compañeros, que, para mí, constituyó un prototipo de las personas que tienen por lema de su vida el que, a veces, me han escuchado mis alumnos condensar en esta frase:

"El sentirse sano de cuerpo debe ser una gran satisfacción. El creerse bueno de alma debe ser otra mayor. Pero el saberse ser útil a los demás debe satisfacer aún mucho más."

Yo quisiera recomendar a todos los que me escuchan, o me lean después, que no dejen de leer los tres tomos de sus "Recuerdos", que les harán pasar ratos inefables, y en los que al descubrir su alma sin amargura, es cierto, pero sin ocultaciones o hipocresías, hallarán al Hombre y admirarán sus cualidades, tanto en las anécdotas de su vida como con los comentarios que humorísticamente prodiga.

Recogeremos los más destacados:

Censurado y atacado en vida por su supuesto revolucionarismo dice:

"Porque yo, aunque me esté mal el decirlo y aunque muchos no lo crean, soy el hombre más respetuoso con toda autoridad y el más atento a toda disciplina."

"Yo, el demócrata; yo, el individualista intransigente; yo, para quien el derecho individual más amplio es condición ineludible de vida y progreso; yo soy, sin embargo, uno de los seres más subordinados de la creación."

"No hay hombre que respete el principio de autoridad más de lo que yo lo respeto. Como buen demócrata me gusta limitarlo; pero el que me queda me inspira un respeto casi religioso."

Las pequeñas travesuras con las que a veces burlaba la rígida disciplina de la Escuela de Caminos de entonces, desconocida para los alumnos de ahora, empujado por sus aficiones literarias y teatrales las justifica sinceramente diciendo "creo, y Dios me perdone si me equivoco, que burlar la ley es el placer supremo de todo el que lleva sangre española".

Pese a ello confiesa que en los cinco años de Escuela "no falté un solo día a clase ni me anotaron un solo minuto de retraso". Lo que prueba que su conducta fue excelente y que ni un solo día hizo cama, pese a sus antecedentes sanitarios de los primeros años.

Y añade: "Y cuenta que el trabajo era enorme: ya hubiéramos querido el de los socialistas de las ocho horas."

Es curioso que confiese que mientras estuvo en la Escuela su afición a la literatura fue, por decirlo así, platónica.

Le gustaba, sí, leer versos de Zorrilla y Espronceda, pero ¡escribir versos! "Nunca, ni por casualidad, lo intenté, a pesar de que la Escuela de Caminos, con ser Escuela de ciencias positivas, no era tan ajena como pudiera creerse a las bellezas poéticas."

"Decirme que escribiera versos era como decirme que cogiese una estrella del cielo levantando las manos hacia el espacio."

Su generosidad de alma se refleja en estos dos comentarios suyos:

"Yo nunca he gozado de los fracasos ajenos, como ciertos espíritus lastimosamente enfermizos."

"En cambio, tampoco los triunfos ajenos me han revuelto la bilis."

Y esto lo dice quien a lo largo de su vida hubo de sentir en su propia carne los alfilerazos de la crítica envidiosa; los ataques de los políticos y todo el peso de este nuestro vicio nacional: la Envidia, que podríamos definir como "el pensar del bien ajeno".

Con gran dosis de sentido común y de sinceridad, confiesa que mientras estuvo en la Escuela deseaba con febril impaciencia terminar su carrera, salir del poder de sus profesores y ser por toda su vida libre e independiente, sin disciplina escolar, sin lecciones que aprender en horas fijas y, sobre todo, sin examinarse; para confesar, a renglón seguido, que concluida su carrera jamás había sido libre, siempre había tenido que aprender o escribir por obligación, y dos o tres veces al año había de examinarse, no ante profesores como aquellos de antaño que le tenían reservada la nota de sobresaliente, sino ante el Público y la Crítica, y sin apelación posible, pues toda apelación se juzga vanidad o soberbia.

Su tendencia hacia la ironía amable, la que no estropea el hígado, se pone de manifiesto en toda ocasión. Así, por ejemplo, cuando habla de que en su primer destino en Almería estuvo encargado de la conservación de las carreteras de la provincia, lo cual dice era como ser Ingeniero *in partibus*, porque en la provincia no había ninguna carretera construida ni en construcción, y solamente había "una legua" de carretera que le sugería el comentario de que, después de haber estudiado cinco años desde el Cálculo Diferencial e Integral hasta Ferrocarriles, y después de tener la cabeza llena de toda la Ciencia Ingenieril que entonces se conocía y de haber estudiado todas las grandes obras del extranjero, tuvo que ir a Almería encargado de conservar ¡una legua! de carretera, o sea, la longitud precisa para servir de paseo a la población.

Y justifica el "enorme" sueldo de 9.000 reales que ganaba tras doce años de estudio con la escasez de trabajo, reducido a recorrer esos seis kilómetros de macadam.

Su grandeza de alma se trasluce en la gratitud que mostraba hacia las personas que él consideraba superiores, y preferentemente hacia sus profesores, y el cántico que hace, por ejemplo, de don José Moret, que lo mismo reducía la música a fórmulas, ante las cuales se quedaba asombrado, mientras dirigía las obras del Canal de Isabel II, que resolvía en el "paraíso" del Teatro Real un difícilísimo problema de Geometría, que creaba toda la distribución de aguas de Madrid o que, por entretenimiento leía y abarcaba las leyes generales de la Economía Política. Ello le hace exclamar: "¡Qué desdicha la de nuestra España! Pasan y pasan hombres eminentes sin que se enteren más que unos pocos amigos de sus altísimas facultades y de su genio creador."

Su rectitud le hacía ser refractario a lo que él llamaba cualidad innata de todos los españoles, que por naturaleza son pedigüños. Y confesaba que en él era una cualidad deficiente y muy poco desarrollada por el ejercicio, porque las cosas se hacen porque deben hacerse, sin necesidad de pedir las y suplicarlas, sin humillarse uno ni molestar a los demás.

Su grandeza de alma se ponía también de manifiesto en todo momento por su admiración de las obras ajenas, "que, dice, ha sido siempre uno de mis goces predilectos".

Su sangre fría hubo de empezar a ejercitarla ya desde la Escuela, especialmente cuando un alumno a quien habían suspendido por la mañana y a quien tenía él que examinar al día siguiente, le abordó pistola en mano, anunciando que iba a matarle. Le bastó con invitarle a salir al Prado, diciendo ante el asombro del presunto asesino: "¿No venía usted a matarme?, pues en el Prado es más fácil que realice usted su intento", salvando así la locura del alumno, que reconoció su ofuscación y siguió su carrera, aunque sin brillantez, y fue Ingeniero.

Tuvo, eso sí, el sano orgullo de poder afirmar que los puestos y honores recibidos en la vida habían llegado por sí mismos o por simpatía espontánea de los demás. Jamás a petición suya. Es lógico, por tanto, que alardeara diciendo: "Fui Ingeniero a fuerza de exámenes." "Fui Profesor porque el año 1854 me nombraron sin haberlo yo pedido, aunque lo deseaba." "Fui Académico porque la Academia me eligió sin que mediase petición mía ni recomendación directa o indirecta", pero agregando que no tenía ambición "ni aspiro a más que a leer mucho, leer cuanto pueda, sobre todo Matemáticas, y vivir tranquilo".

Fue trabajador al máximo, pero no ambicioso, lo que le hace exclamar en sus Recuerdos: "¡Oh, el dinero: qué hermoso y qué horrible; qué cruel y qué cariñoso; qué sucio y qué limpio; qué simpático cuando sirve para librarnos de tantas y tantas esclavitudes de la vida, qué antipático cuando para ganarlo hay que sacrificar la libertad y toda la poesía de la existencia!"

Y sobre todo su carácter ponderado le hizo ser un hombre que, sin dejar de alcanzar la especialización notable que alcanzó en varias disciplinas, poseía siempre un fondo humanista como nota más destacada.

Al leer su vida en sus ya citados Recuerdos no podemos por menos de pensar que Echegaray fue, para los que piensan como yo, el equilibrio más perfecto entre las dos posiciones extremas en que hoy se debaten la Ciencia y la Técnica: una, la que podríamos condensar en el refrán español que exageradamente afirma que el español típico es "aprendiz de todo y maestro de nada", y otra, la que se refleja en la frase que yo me permito decir a los alumnos y que, aunque parece un juego de palabras cruzadas, tiene a mi juicio una profunda filosofía.

Esta frase es la siguiente: "Si los especialistas son hombres que saben cada vez más y más sobre menos y menos hasta llegar a conocer prácticamente todo sobre casi nada, no es extraño que haya hoy día cada vez más jóvenes que sepan menos y menos sobre más y más hasta llegar a no saber prácticamente nada sobre casi todo."

Dios quiera, pues, que el estudio de la vida de Echegaray sirva de norma a nuestra juventud y especialmente a los queridos alumnos de esta Escuela de Caminos que fue salvada por Echegaray y que debemos de pedir a Dios que no se vea de nuevo amenazada de extinción, sino que se transforme para sacar cada vez Ingenieros mejor preparados para los nuevos problemas técnicos que la época moderna nos plantea.

Y que esta posición lógica se condense en la siguiente frase: "Discreta y suficiente Especialización tenida de suficiente Cultura y Humanismo."